

# "LAS DEUDAS POR COMPRAR COMO UNA LOCA CASI ME LLEVAN A LA CÁRCEL"

**ELENA TIENE 26 AÑOS Y ES UNA COMPRADORA COMPULSIVA BAJO TRATAMIENTO PSICOLÓGICO; LLEGÓ A GASTARSE UN MILLÓN DE PESETAS EN UNA SEMANA**

M. F. A.

Elena tiene 26 años, trabajaba como cajera en unos grandes almacenes de Las Palmas de Gran Canaria y es compradora compulsiva. Aunque ya está saliendo del agujero en el que llevaba metida desde hace siete años, esta joven gastó tanto dinero, "dándome cuenta, pero sin poder parar, como una drogadicta", dice, que todavía hoy, ayudada por su familia, está pagando cerca de 10 millones de pesetas a las entidades bancarias a las que solicitó créditos, sobre todo a través de tarjetas, para saciar un impulso de adquirir que su propio sueldo ya no podía colmar.

Desde hace varios meses recibe atención psicológica y ya reconoce que sufre una enfermedad. Es más, admite ante un desconocido que "como no tenía para pagar todo lo que debía" pensó que "acababa en la cárcel". Con la condición de que su nombre quede en el anonimato —Elena es un nombre ficticio—, ha accedido a relatar su dura experiencia. Y sólo por una razón: "Alertar de alguna manera a las personas que como yo están enganchadas a esto y ni saben que sufren una enfermedad. Si con esto ayudo a alguien, vale la pena", matiza refiriéndose a que su historia sólo se la ha contado a su médico y a sus familiares.

Quizá por eso, los cinco primeros minutos de la entrevista Elena no para de mover su pierna derecha. Más que nerviosa, está histérica. No deja de tocarse el pelo. "A los 19 años empecé a trabajar en una tienda de ropa. Mi familia es de clase media-alta y en casa, francamente, nunca nos faltó nada, pero lo mío lo conseguía yo con mi dinero. Como tenía a uno de mis hermanos muy enfermo, quizá mis padres no estuvieron tan encima de mí, pero es comprensible. Tuve la libertad de hacer lo que quise, porque además era muy buena estudiante y una niña muy tranquila... Nadie se imaginaba en casa lo que estaba sucediendo".

"Era muy joven y tremendamente insegura. Trabajaba en una boutique con chicas más guapas y delgadas que yo y la única manera que se me ocurrió para alcanzar su nivel, es decir, para ponerme a su altura, fue vestir con la última moda que llegaba, la más atrevida. Si la cantante Madonna usaba algo moderno, yo me compraba lo mismo. Siempre grandes marcas, porque ése era como un toque de distinción, que yo no encontraba en mí. Era como si compensara una carencia con ropa, perfumes, gafas, gorros, pañuelos, camisetas... Ese ritmo era constante, era la manera de proyectar ante los demás una imagen que realmente ahora me doy cuenta de que no es la mía, pero entonces yo ya estaba perdida. Evitaba a todos a cenar, regalaba... Me encantaba regalar".

## LA MEJOR CLIENTE

Un poco más relajada, empieza a recordar que la llamaban de las tiendas para comunicarle que había llegado tal o cual maquillaje para los ojos, las gafas

que encargó, un bolso, unos vaqueros... Por sólo mencionar algunos detalles, cada fin de semana estrenaba modelo nuevo. Ahora dice que tiene 14 pares de botas y 15 pantalones negros. "Como con mi sueldo no tenía suficiente para pagar todo empecé a utilizar tarjetas de crédito; no me faltaba ninguna... Pero debía 300.000 y me gastaba 200.000 sabiendo que el mes siguiente debía abonar 400.000 de compras anteriores".

La situación fue empeorando y Elena, de ser la típica o el típico joven que vive con sus padres y se lapida buena parte su sueldo en ropa, se levanta un día y pide un crédito de un millón de pesetas en una entidad bancaria que se lo concede porque ella en ese momento tiene un contrato indefinido. El dinero se lo fundió en una semana. Todo en artículos de vestir, complementos, perfumería, cosmética, cenas... Dice que "ya compraba sin que realmente lo necesitara. Con veinticuatro años llegué a tener apiladas montañas de cajas de perfumes, algunas sin usar. Maquillaje de 10.000 pesetas que todavía está cerrado. Con la ropa, lo mismo. Colgadas en las perchas con las etiquetas aún puestas. Luego, como soy muy buena, pues lo repartía con todo el mundo. Mis amigas, que después demostraron no serlo tanto, estaban encantadas de yo... Yo pensaba que me estaba volviendo loca".

"Vivía con mi novio", continúa, "y cuando él vio que había un problema serio me prohibió comprar. Sin embargo, yo escondía las bolsas en casas de amigos, las dejaba a escondidas en el baño antes de llegar al salón... Muchas las metía directamente en el armario y allí se quedaban, sin abrir".

Elena es entonces cuando cuenta que iba llorando a los centros comerciales porque sabía que ya no podía pagar nada más, que estaba endeudada hasta la médula. Los del banco llamaban para cobrar y ella no cogía el teléfono. Para colmo de males, estaba el coche de tres millones de pesetas que regaló a su ahora ex novio y el medio millón invertidos en los muebles para una casa que alquiló con una compañera... Se sentía fatal y, sin embargo, lo único que la relajaba era comprar.

## ENDEUDADA

"Iba y no podía evitarlo, era superior a mí. Veía algo en un escaparate y me lo llevaba... Terminé comprando paños de cocina de Ágata Ruiz de la Prada, una taza y un plato, plantas...", recordaba un poco más relajada y con algunas sonrisas.

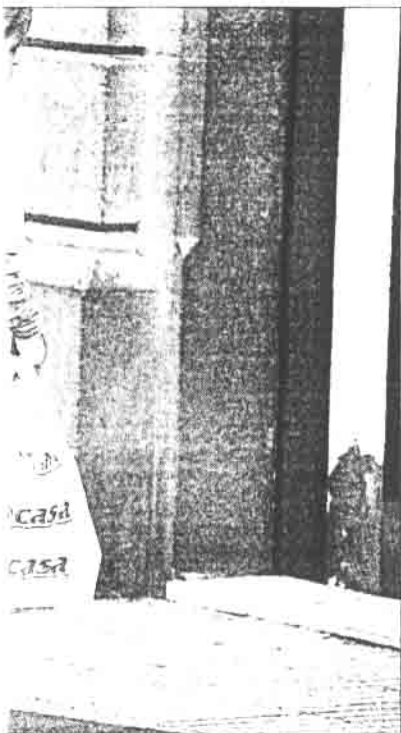
"Con 25 años, endeudada ya hasta con mis padres, habiendo quedado fatal entre mis amigos, las tiendas y los de los bancos, tuve que abandonar mi trabajo... Estaba muy mal, estaba quedando fatal con todo el mundo y sobre todo, estaba sola. Se lo conté a algunas personas y ni me entendían. Yo ya no controlaba y me iban a meter en la cárcel". Pensó en matarse. Nadie hace la pregunta, pero ella, tras permanecer unos segundos callada dice de repente: "Sí".

Mide 1,70, es joven, guapa y con un cuerpo de gimnasio. Va muy bien vestida, con un buen reloj —de marca, por supuesto—. "Nunca se hubiera imaginado que a una persona como yo le podía pasar una cosa así, ¿verdad que no?", interroga ella con mucha dulzura, la misma que ha mantenido durante toda la entrevista. "Tenemos un aspecto normal, no ocurre como con los toxicómanos o los alcohólicos. Pasamos desapercibidos, pero estamos ahí".

Con el cariño de su familia, "que son lo mejor que me ha pasado en la vida", señala, y la atención especializada, Elena está mucho mejor.

Se reconoce enferma y sabe que debe recorrer un camino no tan largo, pero sí marcado por las deudas. Ahora está en el paro por motivos de salud, aunque pronto podrá ponerse a trabajar. Ya vuelve a ver la vida con mucho optimismo.

"Lo primero", dice, "es aprender a controlarme. Todavía entro a un centro comercial y como no llevo dinero ni tarjetas, porque me lo tienen prohibido, me da ansiedad. Me pongo nerviosa, me dan ganas de vomitar... Es que además, a consecuencia de esto, por culpa de las compras y el no poder gastar, he caído en crisis bulímicas directamente relacionadas con mis estados de nervios".



ADOLF MAMPEY / JUAN ORFÓRICE

Arriba, consumidores en una zona comercial de la capital grancanaria. A la izquierda, el psicólogo Gustavo Hernández Delgado y bajo estas líneas, trabajadores de una de las ONG que en Las Palmas de Gran Canaria tratan a compradores compulsivos.



situación —lean la experiencia que se relata en la otra información y opinen ustedes si es o no angustiosa— los especialistas están encontrando solución.

Quienes padecen esta enfermedad —para algunos, la gran plaga del siglo que comienza— tiene que saber que pueden ser ayudados. Ya hay algunas ONG de Canarias que tratan a pacientes de manera gratuita con un proceso terapéutico de rehabilitación que se inicia con unas charlas donde realmente informan sobre la enfermedad y se ponen en práctica unas medidas terapéuticas. Luego vienen la psicoterapia, las terapias grupales, entrevistas médicas y en caso de que lo requieran, algunas ONG ofrecen asesoramiento jurídico gratuito para hacer frente a los distintos problemas en el que el comprador o la compradora compulsiva se haya metido.